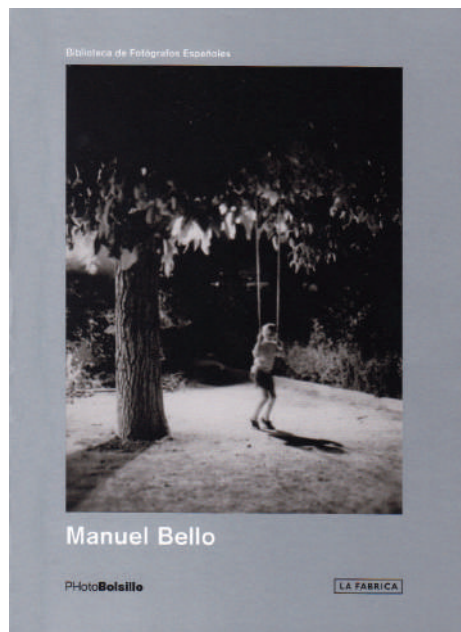


DOCTOR RONCERO, RAFAEL. *Manuel Bello. Granada: La Fábrica - Diputación, 2024. 82 págs.*



Este libro es una compilación póstuma de las obras reunidas del fotógrafo granadino Manuel Bello por Rafael Doctor Roncero, historiador y *freelance* en múltiples proyectos para instituciones culturales. De la trayectoria de Doctor como gestor cabe destacar la dirección de la Fundación Santander, del Centro Andaluz de Fotografía, de Espacio Uno (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía), la programación artística de la Casa de América y del Canal de Isabel II, junto con la puesta en marcha y dirección del Museo de Arte Contemporáneo de Castilla y León. Ha comisariado decenas de exposiciones para diferentes instituciones de España e Iberoamérica, destacando su participación en el proyecto *Cuatro direcciones* (1970-1990), donde tuvo la primera toma de contacto con la obra de Manuel Bello. A partir de ahí, su objetivo al condensar en un libro el

material reunido del fotógrafo accitano es documentar su labor como fotógrafo, dándole reconocimiento a su obra.

Manuel Bello (Guadix, 1957 – Granada, 2009) fue un fotógrafo granadino cuya figura ha pasado desapercibida estos últimos años. Sin embargo, en vida fue ganador dos veces del premio del Salón Internacional Hoffman en Valencia y del premio a la mejor colección del Salón Internacional de Fotografía de Asturias. Comenzó trabajando en la compañía de seguros de su abuelo, Antonio Gaspar; y, posteriormente, emprendió su carrera fotográfica, trabajando en el *Diario de Granada* y más tarde para el *Diario de Jaén*. Realizó numerosas exposiciones y publicaciones, entre ellas varias publicaciones en revistas como *El Europeo* o *Tribuna*. También ejerció como profesor de fotografía en la Escuela de Arte de Granada y, con posterioridad, en su casa de Ogíjares. Falleció prematuramente a los cincuenta y dos años, y su obra se perdió. En esta labor documental, Doctor trata de reunir el máximo posible de sus obras contactando con personas cercanas a Manuel Bello.

Junto a su carrera como fotógrafo de prensa, cabe resaltar también su fotografía de autor, donde Bello se adscribe a las modernas corrientes de fotografía artística contemporánea, entendiendo esta como la desarrollada en las décadas de 1970 y 1980; y cuyo punto de partida se encuentra en los años 1950 tras la ruptura de la fotografía de su papel mediático, corriente llegada a España por revistas como *Nueva Lente* y las sociedades fotográficas en la que destaca el papel del gru-

po AFAL (Arte fotográfico almeriense) en su labor por traer referentes de todo el mundo a España. Estas aportaciones permitieron la entrada de fotografías como las de Bernard Plossu, del que Bello pudo haber obtenido influencias. Esta nueva corriente que crece rápidamente entre los jóvenes, donde figura nuestro fotógrafo, destaca por ser una corriente de experiencia subjetiva, es decir, la experiencia emocional frente al código universal del lenguaje, rechazando las características preestablecidas por el lenguaje ligado al foto reportaje, y buscando más la relación que Roland Barthes define como “punctum”: “El *punctum* de una foto es ese azar que en ella me despierta”¹.

Esta obra se organiza en torno a las fotografías en blanco y negro, cuenta con un prólogo de Rafael Doctor en el que expone una breve síntesis sobre la fotografía en España y el papel de Manuel Bello en ella, además de analizar su obra. En el lado posterior cuenta con una cronología del autor y la traducción en inglés del prólogo.

Numerosos críticos distinguen la figura de Manuel Bello como uno de los mejores fotógrafos españoles de su época. De hecho, en un artículo del diario *Ideal* sobre la exposición que generó este libro, se la describía como “visiones de la realidad de un retratista de culto”. Según relata Doctor, la primera impresión tras ver las obras de Bello fue de sorpresa. Es así que valora esta obra como fotografías inéditas con gran carga onírica que por sí solas se distinguen del resto de imágenes que seleccionó para el citado proyecto de *Cuatro direcciones*, y a las que calificaba como “atmósferas que provocan escenas, o cosas que no intentan contar nada, sino sugerir”.

En efecto, las fotografías de Bello tienen como tema central la intrascendencia: comparte episodios de su vida, su propia visión del mundo mediante escenas no buscadas en un repertorio que se caracteriza por la primera persona. Rehúye de la escenografía y se centra en alimentar su influencia desde el arte de la poesía más que de la pintura, el cual era el plano ideológico más próximo de sus coetáneos. Bello construye lentamente sus piezas, acumulando capas materiales y conceptuales. La obra se vuelve una arqueología del gesto y de la reflexión, mostrándose cada fragmento como un pensamiento. Su conocimiento técnico se vislumbra en el uso del encuadre, como se puede apreciar en las fotografías, destacando las numeradas 4, 7, 21 y 62. Sus fotografías tienden a estar bien compensadas y se caracterizan por realizar juegos con el enfoque. Crea un efecto de veladura que cubre las formas de las imágenes y sugieren una atmósfera que las vuelve más íntimas. Este difuminado le aporta enormemente la cualidad onírica que Doctor refiere en su descripción, al observar las imágenes, pues los contornos se aprecian mediante esta pérdida de nitidez con un efecto que suaviza la forma.

El orden de las fotografías contempla una narrativa. Se comienza desde planos generales del exterior, como caminos, paisajes, donde destacan carreteras, bosques, calles y arquitectura, con elementos que la atraviesan, como niños corriendo en la noche (n.º 22) o elementos que la modifican (n.º 6). Desde la fotografía n.º 34, las imágenes se vuelven más cercanas, comienza a retratar su entorno, su hogar,

1. Barthes, R. (1989) *La cámara lúcida: Notas sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós, p. 65.

personas cercanas y con las que comparte su tiempo (n.º 48); y poco a poco se vuelve a alejar, finalizando este recorrido de nuevo con paisajes, donde destaca la presencia de elementos verticales en contraposición con un marcado horizonte (n.ºs 63, 64 y 65).

Bello utiliza la materia –tonalidades, texturas, composiciones– para generar atmósferas visuales que invitan a la contemplación, generando una amplia gama de tonos y de texturas, aunque predominen los grises. También intercala claroscuros, como en la imagen n.º 18, donde cabe mencionar la textura: lo que se puede suponer que es un árbol, completamente contrastado con el fondo, aumenta la sensación tétrica del cementerio, aludiendo a lo espeluznante. Su obra está impregnada así de un clima meditativo. Se trata de una presencia intensa que surge desde lo aparentemente mínimo. La noción de “silencio” es tan recurrente, que Doctor interpreta sobre Bello su trabajo desde un espacio de “extraño entre los suyos”, lo que parece manifiesto. Luce como un mero espectador, no interactúa con el entorno, sólo lo observa y capta, dejando el trabajo de interpretación e introspección a los espectadores que contemplan su obra. Esto traduce en sus fotografías de una manera que parecen vibrar en una frecuencia baja, íntima, construyendo un discurso que reivindica la lentitud y la profundidad.

Estas fotografías hablan un lenguaje poético, evoca los sueños, escenas teatrales, el mundo onírico que Doctor explica. Esta lectura eleva la obra de Bello más allá de lo formal, colocándola en un territorio de la interpretación que Susan Sontag denomina “erótica del arte”, siendo este el rechazo en cierta medida del análisis formal para dejar espacio a lo más esencial, la experiencia sensorial. La obra de Bello muestra autenticidad: lugares donde reflexionó, donde disfrutó, momentos cotidianos que nos llevan a la reflexión de nuestras propias vidas. Las escenas que presentan son únicas e irrepetibles, momentos captados que no van a volver a ocurrir, que debían ser destinadas a ocurrir una sola vez, sin poder volver a ser vividas ni experimentadas. Este libro conecta con la primera persona de unos hechos, unas experiencias únicas en cuanto fueron vividas por Bello y que hoy nos llegan mediante la contemplación de este formato.

Con el transcurso de estas décadas, la buena fotografía –la de prensa, la social–, que tanto reivindicaban por cambiar, sigue perviviendo y evolucionando, ajustándose a nuevos estándares continuamente. En la era de la globalización y de la estandarización de la fotografía el dilema sobre cómo diferenciar a un/a buen/a fotógrafo/a, a un/a artista o a una persona de a pie con una cámara continúa; y pervivirá eternamente, como ha sido analizado por críticos como Robert Demachy en *Estética fotográfica* de Joan Fontcuberta. La fama de la fotografía no ha variado y sigue siendo difícil hacerse un hueco en este arte. Sin embargo la aparición de autores como Bello, con su papel poético en la imagen no es por casualidad, sino que su obra llegó en el momento preciso –como ocurre con la obra de Cartier Bresson–, para transformar este concepto y proporcionar un nuevo mensaje adaptado al tratamiento de una nueva fotografía, la cual sigue vigente y proporciona un respiro ante la oleada masiva de imágenes e información a las que nos sometemos diariamente.

Beatriz MANSO HERNÁNDEZ